

Sombras

Antton Obeso

La llamada telefónica surgió desde el aeropuerto de Bilbao diciendo que no sabía qué determinación tomar, si volver o esperar, ya que todos los vuelos estaban suspendidos por tiempo indefinido debido a una nube procedente del volcán Eyjafjalla en Islandia. También los aeropuertos de Vitoria y San Sebastián se vieron afectados así como los de París, Londres, Berlín y tantos más. Miles de llamadas telefónicas desde los aeropuertos de Europa, los móviles sonando, no sé qué hacer, no sé cuándo llegaré, qué sabéis de lo que está ocurriendo, qué dicen los medios, hasta cuándo ese condenado volcán va a seguir escupiendo su sombra al cielo. La nube se extendía ya por Europa peligrando que la ceniza volcánica pudiera herir los motores de los aviones que atravesaran la nube. Un volcán estalla y a miles de kilómetros un continente se paraliza. Crispados viajeros desconcertados en los aeropuertos con sus proyectos de vida contrariados por una sombra que un pedrusco lanzado lo podría atravesar y, sin embargo, un avión caería desplomado con sus motores quemados. Millones de personas en Europa afectadas por una sombra surgida de las entrañas de la tierra que ni Malcolm Lowry, cuando escribió su obra maestra, "Bajo el volcán", se lo hubiera podido imaginar en esa jornada en que transcurre su novela donde vuelca sus propios oscuros sentimientos en el personaje de Geoffrey Firmin en aquella conflictiva sociedad en que suceden los hechos. Islandia, que en su momento no quiso asociarse a la Unión Europea pues no tuvo ni la sombra de una duda para abandonar su airosa libertad al considerarse privilegiados con una economía afortunada hasta que estalló la famosa crisis, ahora, con motivo añadido, se plantean con urgencia la solicitud de ayuda al ver sus bosques y campos cubiertos de cenizas que dejan sin pastos a sus ganados.

También fue una sombra la surgida de Chernóbil cuando el 26 de abril de 1986 un reactor de la central nuclear explotó y una nube radioactiva se extendió amenazando la vida de medio continente. Una sombra verdaderamente mortífera con la particularidad, además, de volar despiadadamente invisible.

Carol Reed nos arrastró hasta el centro de Europa tras esa sombra fantasmal por las calles de Viena del villano Harry Lime (Orson Welles), perverso comerciante en el mercado negro, huyendo veloz retumbando sus pisadas escapando de su amigo Holly Martins (Joseph Cotten) quien sorprendentemente le ha descubierto creyendo haberle enterrado en el cementerio, hacía apenas dos días, corriendo ahora para escabullirse como una



rata por las alcantarillas de la ciudad huyendo a otro sector. Uno se pregunta si fue así, de este modo, tras esa sombra huyendo, resonando sus pisadas en los adoquines de la calle, que Carol Reed, en "El tercer hombre", nos introdujera de lleno en esa Viena, en pleno corazón de Europa. Una ciudad dividida, repartida en cuatro zonas por las potencias ocupantes, ingleses, americanos, franceses y soviéticos, sumida en un ambiente tétrico de posguerra y sin que todavía hubiera desaparecido esa sombra de posibilidad de que la contienda fuera a proseguir. Una Viena, sin los festivos y alegres vales de Strauss, latiendo, eso sí, melancólicas, las notas de la cítara de Anton Karas, "Das alte Lied", la vieja canción. Es en tal atmósfera de podredumbre moral donde surgen delincuentes de toda ralea que, como Harry Lime, para lograr fines lucrativos, trafican con artículos de primera necesidad como la penicilina, en este caso, que una infame red había adulterado sembrando por todos los hospitales de infancia tremendos casos de malformaciones congénitas. Y así, como los desperdicios y detritus de la ciudad, Lime terminará escurriéndose por las alcantarillas, perseguido por la ley, sombra huyendo despavorido por las cloacas. En ese momento, el Muro no se ha alzado aún en Berlín. Tardará unos años todavía. Pero el sector ruso en Viena, con sus reglas distintas, como bien se puede apreciar en este filme de Carol Reed, se muestra ya como un territorio amenazante y misterioso. Reglas distintas que presagian la Guerra Fría que habría de suceder. Así fue que Berlín, en 1948, fuera cercada y las fuerzas aliadas occidentales se vieran obligadas a abastecer de víveres la ciudad aportando las más de doce mil toneladas diarias de materias primas necesarias para el mantenimiento de su población mediante el llamado Puente Aéreo. George Seaton en su filme de 1950, "The big lift" (¡Sitiados!), casi un documental, logró una certera descripción de este evento rodada en la base aeronaval de Tempelhof y en la parte occidental de la destruida ciudad. Y en 1961, el Muro, también llamado Telón de Acero, que definitivamente partió a Europa en dos, fue un hecho, a la vez que la Guerra Fría, mantenía al mundo entero en vilo bajo una nube de zozobra. Hasta el 9 de noviembre de 1989, en que, después de 28 años, el Muro de la Vergüenza cayera después de larga y tenaz resistencia por parte de las fuerzas Aliadas que hicieron posible el milagro y la cordura logró imponer su sentido finalmente. Pueda ser que "El tercer hombre" sea esa historia que más nos acerca a la percepción de una conciencia de Europa.

De sombras todavía cubierto se puede decir el horizonte en esta crisis de nuestras pesadillas con millones de trabajadores en paro laboral en que nos encontramos. John Steinbek bien hubiera podido dirigir ahora su pluma también a una de tantas familias como lo hiciera con la familia Joad de "Las uvas de la ira", jornaleros en aquella Oklahoma del crack del 29 en Norteamérica obligados a abandonar su tierra para dirigirse sufriendo mil penalidades a California en busca de trabajo.

Sombrías son también a veces las dudas que nos atenazan, como la situación que se nos cuenta, precisamente, en "La sombra de una duda", tan diestramente narrada por Hitchcock, en el personaje de Charlie Newton (Teresa Wright) por resistirse a creer la perversión moral que empezaba a ser evidente en la personalidad de su querido tío Charlie Oakley (Joseph Cotten).

La sombra de una nube puede preocupar al hombre de campo que tema por sus cosechas. El misterio de la penumbra seduce al pensador en su silencio solitario. Y, como advierte el dicho popular, a quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija. Que viene a ser como que, lo mejor del sol es la sombra. Por otra parte.

